

Printed by J. O. Chapman.

Engraved by Lawson.

EL DESCONOCIDO.

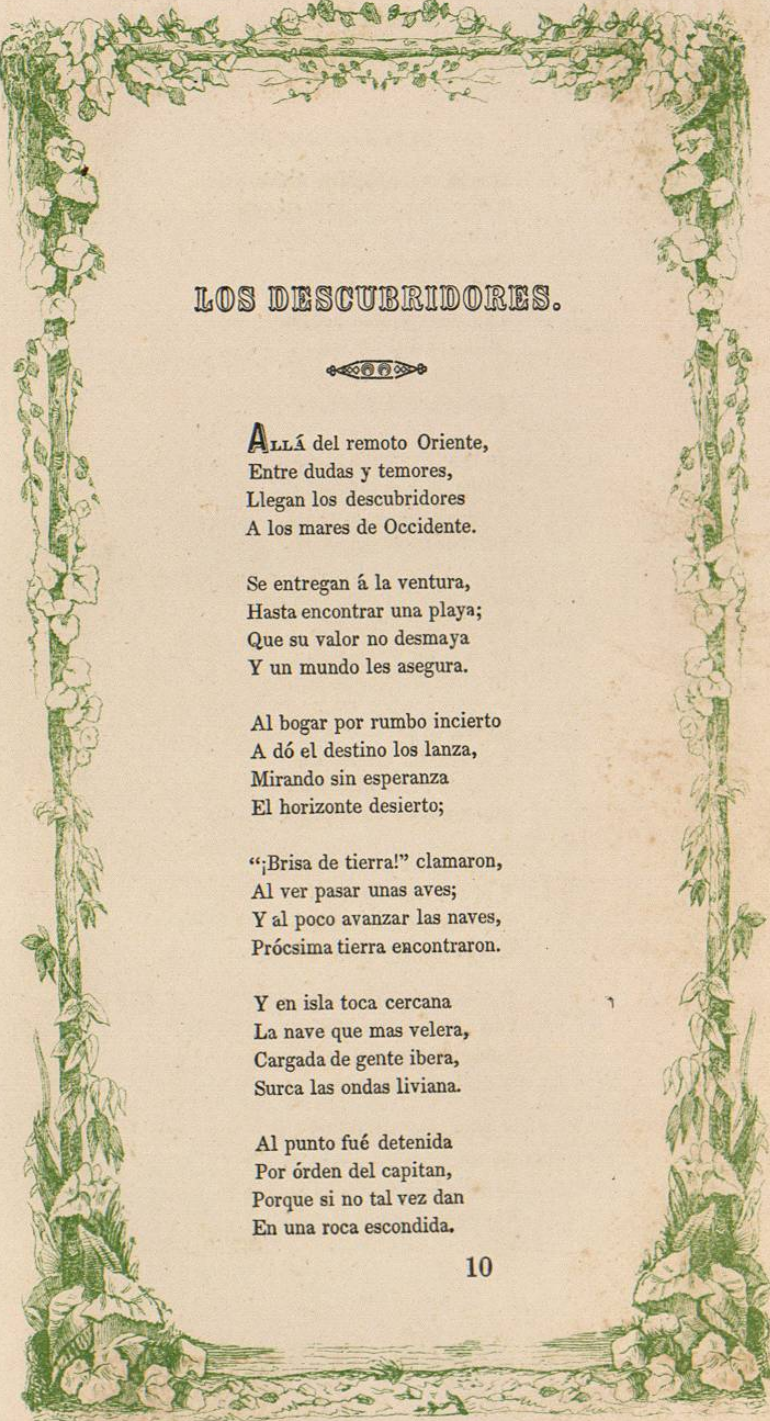
Se abren al Oriente,
Con dudas y temores,
Los ojos descubridores
De los mares de Occidente.

Se abren a la ventura,
Para encontrar una playa;
Que su valor no desmaya
Y un mundo les asegura.

Al bogar por rumbo incierto
A dó el destino los lanza,
Mirando sin esperanza
El horizonte desierto;

"¡Tierra de tierras!" dijeron,
Al ver pasar esas islas;
Y al poco avistar las naves,
Próxima tierra encontraron.

Y en una isla cercana
La nave que más velera,
Cargada de gente buena,
Se ven las velas de guerra.



LOS DESCUBRIDORES.



ALLÁ del remoto Oriente,
Entre dudas y temores,
Llegan los descubridores
A los mares de Occidente.

Se entregan á la ventura,
Hasta encontrar una playa;
Que su valor no desmaya
Y un mundo les asegura.

Al bogar por rumbo incierto
A dó el destino los lanza,
Mirando sin esperanza
El horizonte desierto;

“¡Brisa de tierra!” clamaron,
Al ver pasar unas aves;
Y al poco avanzar las naves,
Próxima tierra encontraron.

Y en isla toca cercana
La nave que mas velera,
Cargada de gente ibera,
Surca las ondas liviana.

Al punto fué detenida
Por orden del capitán,
Porque si no tal vez dan
En una roca escondida.

LOS DESCUBRIDORES.

Que en tan incógnitos mares
Y del tiempo á la inclemencia,
Se unió al valor la prudencia,
Para evitar los azares.

La lancha al agua botada,
Saltan en ella ligeros,
Y la llevan los remeros
Hácia la costa anhelada.

Es una isla; ¡cuán hermosa
Desde léjos se la mira!
A su pié deshecha espira
Del mar la ola impetuosa.

¡Qué bella! cuando la bruma,
Por el viento disipada,
La deja ver circundada
De blancos copos de espuma.

Saltan, en fin, á su orilla,
Y al avanzar denodados,
Ven una tierra admirados
Mas hermosa que Castilla.

Bendicen, al verla, al cielo,
Y el capitan enarbola
Una bandera española,
Que firme clava en el suelo.

Despues, "en nombre del rey,
Dice, de aquesta mansion
Tomamos hoy posesion,
Y de Cristo por la ley."

Y así de una en otra hazaña,
De renombre sin segundo,
Se fué descubriendo un mundo
Por los marinos de España.

M.

LEONOR.

Leyenda escrita en verso, por Búger.

D

ESPUNTABA la au-
rora, cuando des-
pertó Leonor, a-
gobiada por los
fatigados ensue-
ños de la noche.

—¡Me eres in-
fiel, caro Guiller-
mo, decia, ó ya no ecsistes? ¡Ah,
cuánto tiempo tardarás aún!

Guillermo peleó en la batalla de
Praga, que diera el rey Federico, y no
habia enviado nuevas de la suerte
que corrió en ella.

El rey y la emperatriz, cansados de
tan prolongada contienda, se mostra-
ron ménos ecsigentes y hubieron de
ajustar la paz. Los diversos escuadro-
nes de sus ejércitos, adorna-

dos de verdes laureles y de palmas, se retiraban ya á sus hogares, en medio de los cánticos de júbilo, del tañido de las campanas y el toque de los sonoros atabales.

En caminos, en senderos, por todas partes, en fin, correspondían el mozo y el anciano al grito de júbilo de los que iban llegando.

“Alabado sea el Señor,” exclamaban el tierno infante y la esposa. “¡Bienvenido!” prorumpían las jóvenes amantes.

Mas ¡ay! que para Leonor, ni saludo ni beso, nada de esto había.

Recorrió las filas preguntando por su amante, le llamó por mil nombres; mas no acertó á dar razon de su paradero ninguno de los recién venidos.

Pasó al fin todo el ejército, y entónces se arrancó Leonor sus cabellos, negros como el ébano, y arrojóse contra la tierra, haciendo violentas contorsiones.

Acudió al punto su madre, diciendo: “¡Ay, Dios, Dios bueno! ¿Qué tienes, querida hija?” y la estrechó contra su corazón.

—Madre, madre, perdida soy. Perezca el mundo tambien, ¿me importa acaso? ¡Ah! Dios no tiene piedad. ¡Desdichada, amarga de mí!

—¡Misericordia, Señor, misericordia! Hija, reza una oracion; mira que lo que Dios hace, bien hecho es. ¡Apiádate, Señor!

—¡Oh, madre, madre! ¡Vana ilusion! Lo que Dios hace conmigo, no es bien. ¿De qué aprovechó mi plegaria? Ya no hay necesidad de mas.

—Escúchame, hija querida; acaso tu falaz amante, allá en la remota Hungría, ha renegado de su fé y contraído nuevos lazos. Renuncia, pues, á su corazón; el suyo no saldrá ganancioso en el cambio, y cuando le sorprenda la muerte, se dolerá de su perjurio.

—¡Madre mia, mi madre! Es irreparable mi pérdida; la muerte, sí, la muerte es mi única esperanza. ¡Ah, si no fuese yo nacida! ¡Apáguese la antorcha de mi vida para siempre! ¡Muera yo, muera en medio de las tinieblas y el espanto, que Dios no tiene piedad de esta infeliz!

—Ampáranos, Señor, y no llares á juicio á tu pobre criatura, pues no sabe ella lo que dice su lengua; no la tomes en cuenta su pecado, Señor.

Hijamia, echa en olvido esa terrenal pasion; piensa únicamente en Dios, en su gloria, y entónces tu alma no carecerá de esposo.

—¿Qué es la gloria, madre mia; qué es el infierno para mí? Mi gloria está cifrada en él; sin él no hay mas que infierno.

Estíngase la antorcha de mi vida para siempre; espire yo en medio de las tinieblas y el espanto, pues sin él en la tierra no quiero ser feliz.

Enardecidos así por el despecho su cerebro y sus venas, continuó Leonor ultrajando con temerario labio la providencia del Señor, y se desgarró el seno y se despedazó las manos, hasta que se puso el sol, hasta que en la bóveda del cielo brotaron las estrellas de oro.

Mas ¡escuchad!... por la parte de afuera... ¡trap, trap, trap!... tal parecen los cascos de un caballo.

Y un caballero se apeó, y resonaron sus armas en las gradas. ¡Escuchad, escuchad! la campanilla suena: ¡tlin, tlin, tlin! y al traves de la puerta se dejaron percibir estas razones:

—¡Ola, ola, abre, querida! ¡Duermes acaso, ó estás en vela? ¡Me amas aun, amada mia? ¡estás riendo, ó derramando lágrimas?

—¡Ah, Guillermo! ¡Eres tú?... ¡Tan entrada la noche vas llegando?... Mucho llanto y vigiliass me has costado. ¡Ah! Mucho he padecido por tí. ¡De dónde vienes? dime.

—Ensillamos tan solo á media noche, y he caminado mucho para llegar aquí, desde Bohemia; ya muy tarde monté. Quiero que te vengas conmigo.

—¡Ah, Guillermo! entra, entra, que el viento está silbando entre las ramas del espino blanco. Entra, ven á mis brazos, amado de mi corazón, que estarás arrecido.

—¡Qué importa, querida mia, qué importa que el viento silbe entre las ramas del espino blanco? Impaciente mi corcel, rasca la tierra; la espuela está vibrando, y yo no me atrevo á permanecer aquí. Ven, arregázate y salta á la grupa de mi caballo negro, pues hoy mismo es fuerza caminar cien millas mas, para llegar contigo al sitio en que se halla el tálamo nupcial.

—Y ¡quieres caminar cien millas todavía para conducirme al tálamo nupcial? ¡Pero no oyes?... Es el zumbido, perceptible aún, de la campana, que acaba de dar las once de la noche.

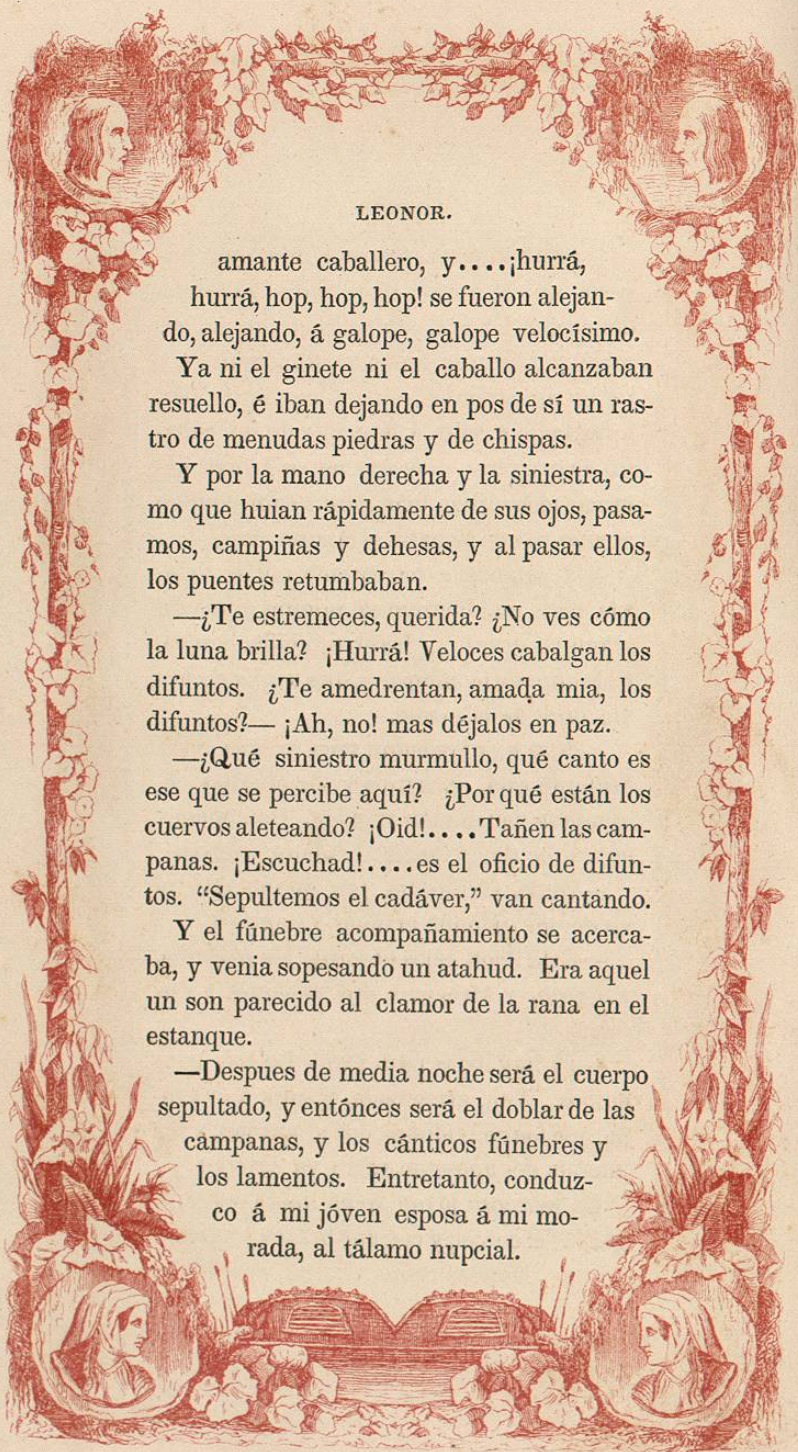
—Mira en tu rededor, mira la luna, cuán brillante está. Nosotros y los muertos caminamos con mucha rapidez. Hoy mismo, hoy te he de conducir al tálamo nupcial.

—Dime, Guillermo, ¿en dónde está el aposento? ¿Dónde el tálamo nupcial?

—Está léjos, léjos de aquí. Es pequeño, y fresco, y sosegado; seis tabloness y dos tablas.

—¡Y hay lugar para mí?—Le hay para ámbos. Ven, arregázate, y salta á la grupa, que los convidados nos aguardan, y las puertas del aposento están ya abiertas.

La hermosa jóven trepó ligera sobre la grupa del corcel, y con sus brazos y sus manecitas, blancas como el lirio, se asió del



LEONOR.

amante caballero, y... ¡hurrá, hurrá, hop, hop, hop! se fueron alejando, alejando, á galope, galope velocísimo. Ya ni el ginete ni el caballo alcanzaban resuello, é iban dejando en pos de sí un rastro de menudas piedras y de chispas.

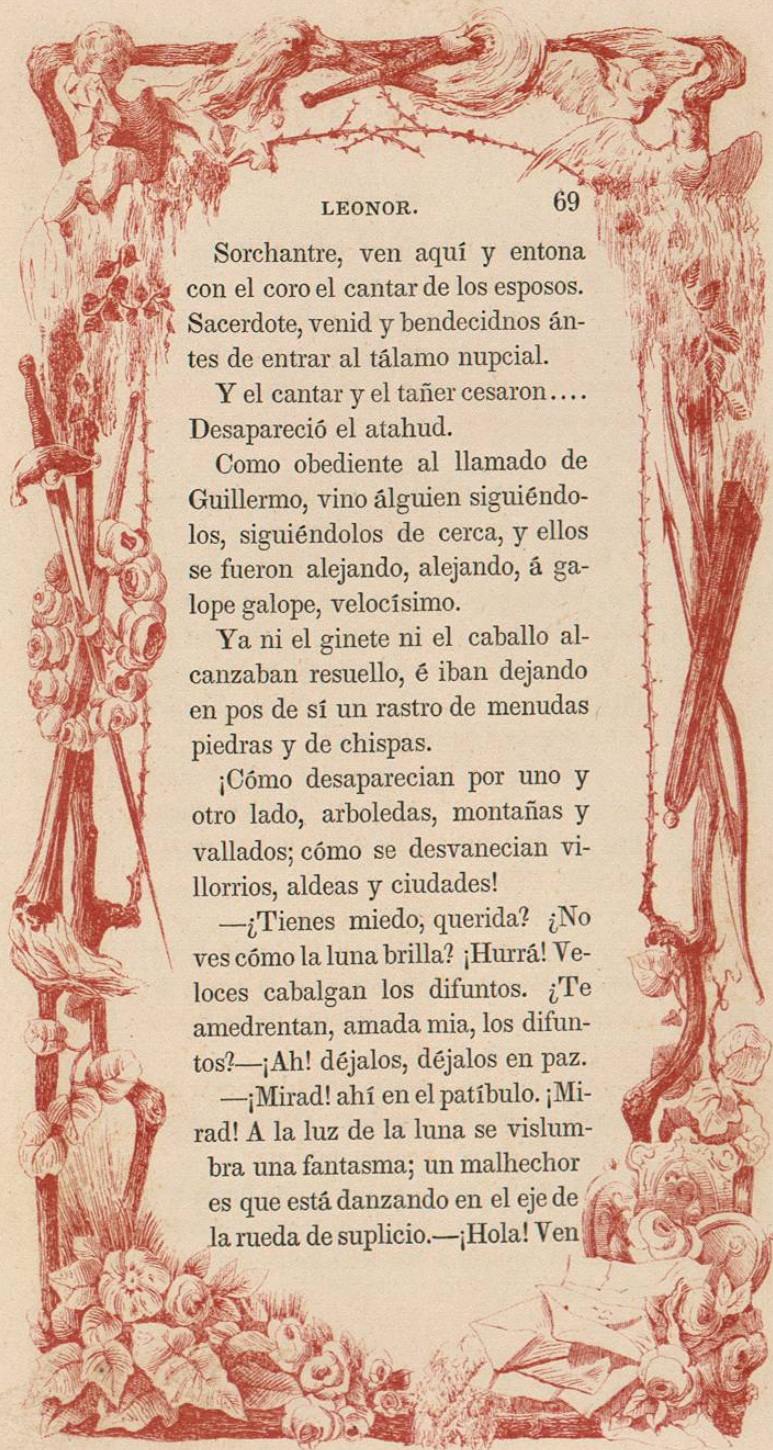
Y por la mano derecha y la siniestra, como que huían rápidamente de sus ojos, pasamos, campiñas y dehesas, y al pasar ellos, los puentes retumbaban.

—¿Te estremeces, querida? ¿No ves cómo la luna brilla? ¡Hurrá! Veloces cabalgan los difuntos. ¿Te amedrentan, amada mia, los difuntos?— ¡Ah, no! mas déjalos en paz.

—¿Qué siniestro murmullo, qué canto es ese que se percibe aquí? ¿Por qué están los cuervos aleteando? ¡Oid!... Tañen las campanas. ¡Escuchad!... es el oficio de difuntos. "Sepultemos el cadáver," van cantando.

Y el fúnebre acompañamiento se acercaba, y venía sopesando un atahud. Era aquel un son parecido al clamor de la rana en el estanque.

—Después de media noche será el cuerpo sepultado, y entónces será el doblar de las campanas, y los cánticos fúnebres y los lamentos. Entretanto, conduzco á mi jóven esposa á mi morada, al tálamo nupcial.



LEONOR.

69

Sorchantre, ven aquí y entona con el coro el cantar de los esposos. Sacerdote, venid y bendecidnos antes de entrar al tálamo nupcial.

Y el cantar y el tañer cesaron.... Desapareció el atahud.

Como obediente al llamado de Guillermo, vino álguien siguiéndolos, siguiéndolos de cerca, y ellos se fueron alejando, alejando, á galope galope, velocísimo.

Ya ni el ginete ni el caballo alcanzaban resuello, é iban dejando en pos de sí un rastro de menudas piedras y de chispas.

¿Cómo desaparecían por uno y otro lado, arboledas, montañas y vallados; cómo se desvanecían villorios, aldeas y ciudades!

—¿Tienes miedo, querida? ¿No ves cómo la luna brilla? ¡Hurrá! Veloces cabalgan los difuntos. ¿Te amedrentan, amada mia, los difuntos?— ¡Ah! déjalos, déjalos en paz.

—¡Mirad! ahí en el patíbulo. ¡Mirad! A la luz de la luna se vislumbra una fantasma; un malhechor es que está danzando en el eje de la rueda de suplicio.— ¡Hola! Ven

acá; siguenos, y ántes de subir al lecho, bálanos la danza de la boda.

Y el malhechor vino, y fué siguiéndolos. Sus pisadas producian un crujido semejante al que forma el torbellino sacudiendo el seco follage en las arboledas de avellanos.

Y siguieron adelante, adelante, ¡hop, hop, hop! á galope, galope velocísimo.

Ya ni el bridon ni el caballero alcanzan resuello, é iban dejando en pos de sí un rastro de menudas piedras y de chispas.

Y las nubes que en torno de la luna aparecian, ¡cuán léjos se quedaban! El cielo y las estrellas parecian huir.

—¡Te estremeces, querida? ¡No ves cómo la luna brilla? ¡Hurrá! ¡Veloces cabalgan los difuntos! ¡Te amedrentan, amada mia, los difuntos?

—¡Ay de mí! déjalos en paz.

—Creo que el gallo canta, negro corcel mio. Pronto se habrá deslizado la arena del relox. Percibe ya el ambiente de la mañana; apresúrate, pues. . . .

—Terminó ya nuestra jornada, y está preparado el tálamo nupcial. ¡Veloces cabalgan los difuntos! Vednos aquí ya.

Y á rienda suelta se encamina hácia una puerta de hierro, y candado y cerradura saltaron de repente á un solo golpe del látigo flexible.

Abriéronse las puertas rechinando, los cascos del caballo hollaban sepulcros, y á la luz de la luna relumbraban los túmulos.

¡Oh dolor! Mirad, que en un momento, ¡prodigio horrendo! se van desmenuzando uno por uno los diversos atavíos del caballero, y comienzan á caer cual madero podrido que se desmorona. Y su cabeza se trocó en descarnada calavera, sin guedejas ni trenza, su cuerpo en esqueleto con su relox de arena y con su guadaña.

El caballo negro encorvó el lomo, y despidiendo chispas con relincho salvaje, hundióse y desapareció.

Oyense alaridos en los aires, y gemidos que salen de lo hondo de las tumbas.

Trémulo el corazon de Leonor, está luchando entre la vida y la muerte.

Illuminados por la luna, danzan los espíritus en torno, y dicen ahullando:

“A la voluntad de Dios no hay que oponerse. Resignaos, pues, aunque se os parta el corazon.”

“Libre estás ya del cuerpo.”

“Dios tenga piedad de tu alma.”

(Traducido del alemán, para el Presente Amistoso.)